

LA LUZ.

SEMANARIO

FILOSÓFICO-MORAL Y LITERARIO.

PROSPECTO.

Presentar semanalmente al público algunos artículos exclusivamente morales en estilo sencillo y sin pretensiones, y algunas producciones literarias de buen género, es el objeto que se propone el Director del *Semanario* que anunciamos.

Admitiremos y publicaremos con gusto, siendo aprobado por la dirección del *Semanario*, cualquier artículo verdaderamente moral que se nos remita.

Tendremos un placer en reproducir muchos artículos de otros periódicos, que sean conformes á nuestro programa.

No disputaremos sobre religion ni política, y respetaremos á todas las clases. El vicio no es un hombre.

Nuestros principios son claros como la luz.

1.º Sin Dios y sin respeto al catolicismo verdadero, no hay moral posible.

2.º La base del respeto á los derechos es la práctica del deber.

3.º Las luchas periódicas no siempre moralizan.

Filosofía moral es la ciencia que trata de la bondad y maldad de las acciones humanas, y explica la naturaleza de las virtudes y vicios.

(Diccion. enc. de la Lengua española.)

ADVERTENCIA.

Esperamos que los señores Suscritores de fuera de Barcelona se harán cargo de que nos ha sido preciso hacer una 2.ª edición del primer número.

SECCION DOCTRINAL.

HOY, MAÑANA Y JAMÁS.

Se nos pregunta sin cesar quienes somos, y lo que seremos. Es justo.

Somos españoles que viviendo en el siglo XIX en su segunda mitad, hemos oído el

Segunda edición.

4.º La mofa y la caricatura no hablan con *La Luz*.

5.º La naturalidad será nuestra elocuencia.

6.º Los productos se convertirán en mejoras del *Semanario*.

EL DIRECTOR, J. A.

Condiciones y precios de suscripcion.

El *Semanario*, saldrá cada domingo. Su tamaño y tipo será igual á este prospecto, y tendrá 8 páginas de Impresión que se aumentarán cuando lo crea necesario el Editor. El primer número saldrá el 1.º de Noviembre próximo.

Como el *Semanario* no es un objeto de especulación, solo costará en Barcelona y provincias 2 rs. al mes; en Ultramar 8 por trimestres, por libranzas ó sellos de franqueo.

Se suscribe en Barcelona, en la imprenta de I. Jeps, calle de Petritxol, núm. 14; en las librerías de los herederos de la viuda Pla; calle de la Princesa; Ferrande Rosa, Rambla de S. José, y Paig, plaza Nueva, y en las principales librerías de provincias y del extranjero.

NOTA. — Toda la correspondencia deberá dirigirse á la Imprenta de *La Luz*, calle de Petritxol, núm. 14.

rumor espantoso de las mil disensiones entre los hijos de la Patria. Españoles que hemos tocado los resultados de lecturas pésimas que han cundido, y ofrecemos lectura sana.

Somos españoles que amamos á nuestros hermanos deseando alargarles una mano para sacarles del precipicio, y con la otra señalarles la luz de la moralidad.

Somos españoles que amamos á nuestra patria, y contamos con entusiasmo el número de nuestras ciudades, villas, y aldeas, y preguntando á cada una su historia, al ver que es la historia del valor, á todas las llamamos *hermanas*.

Somos españoles que amamos á nuestros superiores porque Dios lo manda.

Somos españoles deseosos de resucitar los dias de la honradez proverbial de nuestros Padres , y de hacer brillar las bellas cualidades de la juventud esperanza de la Patria.

Esto es *hoy* , y seremos *mañana* lo que hoy somos, porque nuestro compromiso es como la verdad que descende de los cielos que no dejan en abandono al hombre que sabe que es algo mas que materia.

Tenemos palabra.

Jamás , empero , levantaremos nuestra voz entonando un himno de sangre y esterminio , porque nuestra mision es de paz.

Jamás esplotaremos el temperamento de persona alguna en contra del órden y de la justicia, porque al oir un suspiro de nuestro prójimo deseamos consolarle.

Jamás la sátira traidora se clavará cual saeta en un pecho fraternal ; Dios, y nuestra educacion nos han enseñado mas reglas de nobleza.

Jamás la cólera ocupará en nuestras páginas el lugar de la mansedumbre, á sabiendas , porque hemos jurado rasgar , y dar al fuego , todo escrito cuyas letras sean de hiel.

Jamás, ¡ ay ! Jamás con Voltaire escupiremos al Cielo , sino que con Newton descubriremos nuestra cabeza delante de Dios grande y bueno.

Jamás seremos fanáticos , porque para serlo, necesitamos mal corazon, y sin razon por añadidura.

Jamás escandalizaremos con polémicas á nuestros lectores , porque sabemos , por experiencia que , muchas veces , la polémica empieza con un saludo cortés , y acaba dejando en la arena pedazos del corazon.

Jamás, jamás permitiremos se nos tilde de adictos á una ú otra opinion , porque la filosofia moral estiende sus brazos para estrechar en ellos al mundo entero. Amamos

la verdad , y la verdad es para todos.

Creemos haber contestado con franqueza á todos los que nos han preguntado. Solo nos resta probar *hoy* y *mañana* nuestra constancia , pero valernos de la perfidia *jamás*.

Por la Direccion,

JOSE AMORES.

Barcelona 10 de Noviembre de 1861.

Despues de haber meditado la forma metódica que podríamos dar á la série de nuestros artículos de fondo , hemos creído seria del gusto de nuestros lectores un número considerable de artículos mutuamente relacionados, que constituyeran , en su dia , una coleccion de apuntes morales al alcance de todas las inteligencias. No pretendemos, por esto , ser originales , pues que nuestra ambicion es que una Madre al ver nuestros escritos pueda decir á sus hijos. « Leed , el hombre que esto escribe suspira por hablaros en el lenguaje de mi ternura. » Nuestra ambicion es que un hombre sencillo al leerlos , diga « He visto la luz. » No nos avergonzaremos de la claridad de nuestro lenguaje , porque nuestro prospecto consigna que « La naturalidad será nuestra elocuencia. »

NOCIONES SENCILLAS

DE FILOSOFÍA MORAL.

ART. I.

Entre los antiguos , Aristóteles , Platon, S. Agustin , Sto. Tomás y el autor del libro de los oficios, y entre los modernos, Rosselli, Goudin, Guevara, Jaquier, Liberatore, Poli, Galluppi y muchos otros, sin olvidar á nuestro catalan Balmes , han escrito mas, ó menos profundamente sobre la filosofia moral que ha sido definida de mil maneras diferentes. No obstante , la totalidad viene á

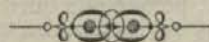
refundir sus ideas en una sola definicion que nos ofrece el diccionario enciclopédico de la lengua española, cuando dice que la filosofía moral es *la ciencia que trata de la bondad y maldad de las acciones humanas, y explica la naturaleza de las virtudes y vicios*. No seremos nosotros los que en tono magistral con puntos de pedantismo convirtamos nuestro *Semanario* en cátedra, tratando de niños á nuestros lectores, pero, como nos dirigimos en estos artículos especialmente á la clase menos ilustrada, (1) se hace indispensable cierto orden algo minucioso y escolástico; pero no pueril. Asi pues, debemos recordar que la filosofía moral tiene principios fijos de los que sacamos las consecuencias de moralidad cuando es práctica la filosofía moral, ó especulativos, cuando solo examina la parte científica y teórica, fundamento de la práctica. Lláménle unos *ciencia de las costumbres*, díganle otros, *ciencia de los oficios*, ó *de la virtud*; llámenle *arte* con Ciceron, ó con Séneca *regla de vida*, ello es que la filosofía moral determina la verdad en las acciones humanas, ella investiga y apoya los principios del orden. La Moral se convierte al fin en lo que conocemos con el nombre de buenas costumbres, que no son otra cosa que la práctica de lo que sobre ellas se ha filosofado. Es verdad que muchas veces parece que existen en algunos buenas costumbres sin haber discurrido para tenerlas, pero esto no pasa de simples apariencias, porque como se dijo en el primer número donde se trataba de las relaciones de la filosofía y la moral, (2) no se puede obrar racionalmente, sin comprender, y por consecuencia, sin discurrir, porque es verdad que todo hombre es animal racional. Si el hombre que tiene buenas costumbres es un idiota obra casi solo

por instintos, y por un resto de razon que se distingue marcadisimamente hasta en los maníacos, incluso los miserables que son víctimas de una casi parálisis general. De todo lo que se desprende cuan necesario es el estudio de la ciencia que nos ocupa. Tenemos resuelto no afiliarnos á esta, ni aquella escuela, respetándolas todas y dispuestos á escuchar silenciosos sus réplicas, y aprender en ellas. El lema de nuestra escuela es *respeto á la verdad eterna*. Al ver que jamás ha habido seres prácticamente racionales destituidos de conocimientos oscuros, ó claros, de reglas de costumbres; al ver que toda nacion que no quiere ser objeto de mofa entre las demas, lo primero que procura es la educacion moral: al ver que todas las bibliotecas están llenas de códigos, donde las leyes están enseñando la moralidad, aplicándola hasta á los actos menos públicos de la vida, al ver que si ponemos la mano sobre nuestro corazon, sentimos que late para el bien, y hácia él se inclina cuando mira al Cielo, hemos creído que no podia ser el capricho de los pueblos, la voluntad independiente del maestro, el simple cálculo del legislador, ni una casualidad natural lo que debia poner en accion nuestro entendimiento y nuestra voluntad. Entonces, hemos temido que el hombre se enamorara de sí mismo, y creyese que era la razon la regla infalible de su comportamiento, hemos pensado que era posible ver al hombre personificado en el Narciso de la fábula, nos ha dado compasion, y por esto hemos dicho en nuestro prospecto que «sin Dios, y sin respecto al catolicismo verdadero no hay moral posible.» Esto intentaremos probar en el próximo número, sin salir del terreno filosófico.

J. AMORES.

(1) Véase el art. 2.º del n.º 1.

(2) Véase el 3.º art. del primer número.



LA FILOSOFÍA Y LA MORAL.

II.

Mucho podríamos decir todavía sobre el asunto del artículo anterior; mas preferimos seguir el plan que nos hemos trazado, dejando para mas tarde las importantes consideraciones que sobre él se nos ofrecen. Porque se comprenderá facilmente que no agota la materia un artículo de tan reducidos límites acerca un asunto vastísimo de por sí, aun cuando no quisiéramos hacer otra cosa, que buscar en la historia el apoyo de las verdades que hemos enunciado y examinar uno por uno los principios sentados en algunas obras filosóficas, que de continuo y por el espacio de muchos siglos han trabajado para desviar la razon del hombre y bastardear los sentimientos, que ingénitos en su naturaleza, constituyen el mas bello adorno del mismo. Sin embargo lo que llevamos dicho es suficiente en nuestro concepto para que tengamos una idea de la influencia que ejerce la filosofía en la moral del individuo y podamos comprender la que debe tener en la moral de la familia. Si pretendiésemos valernos de autoridades para demostrar esta influencia, no nos fuera difícil hallarlas en autores respetables; empero queremos dar un paso mas, preferimos estudiar la naturaleza misma de la sociedad doméstica y de ese estudio sacar por consecuencia la verdad que tratamos de inculcar.

El hombre no ha nacido para vivir aislado: el estado de sociedad le es natural, é indispensable, porque lo exige su misma naturaleza. Cuando la Divina Providencia le condenó á las miserias y penalidades de la vida, trocando su jardín de delicias en una tierra ingrata, no le dejó por esto abandonado; le proporcionó un consuelo que suavizara la pena que le habia impuesto por el pecado, permitiéndole nacer en una sociedad, que, aunque reducida, pudiese poner á su alcance todos los elementos que deben conducirlo en su desarrollo físico y moral. Así es, que nacido apenas, se halla ya en un teatro donde ejercerá su actividad mientras dure su existencia, en una sociedad que recoge sus lágrimas de niño y oirá tambien el último estertor de la agonía, en una sociedad, cuyos miembros, individuos como él, se afanan por el nuevo sér que ha añadido una unidad mas al número de elementos que constituian la familia. De suerte que, bien examinada esta, no es mas que una reunion de individuos con un fin propio como toda sociedad constituida. Empero la vida moral de los miembros no es estraña, ni indiferente á la vida moral del todo, porque esta depende de aquella, porque esta queda modificada, ó se destruye segun las variaciones que en aquella engan lugar. Bórrense en el hombre los sentimien-

tos nobles y elevados y la familia no pasará jamás de una situacion humilde y rastrera: concíbase constituida por hombres viciosos, impúdicos, malvados y su carácter será la abominacion, el vicio, el crimen atroz. Y la razon es muy sencilla, porque los individuos dan á la familia sus ideas, su carácter, su espíritu, su vida: no puede tener otras virtudes que las que aquellos tengan, ni otra moralidad que la suya. La sociedad doméstica es como la máquina de un reloj, cuyo movimiento depende de todas y cada una de las piezas que la forman: modificad las ruedas, echadlas á perder y el movimiento será desordenado, el indicador os dirá el desarreglo que reina en el interior. Lo mismo exactamente sucede en la sociedad doméstica. Cuando las ideas y sentimientos del hombre miembro de ella producen un desorden moral en el primero, ese desorden se retrata así mismo en la segunda y entonces una vida escandalosa, sucede á la vida de paz y de amor, una vida inmoral á la vida virtuosa. De consiguiente; ya que la filosofía influye en la moral del individuo, no influirá tambien en la moral de la familia?

Pero todavía hemos de hacer otras consideraciones para precisar esta materia, consideraciones que nos llevarán al mismo resultado. Todos los individuos que constituyen la familia no solamente se hallan en relaciones con la entidad llamada así, sino con cada uno de sus elementos, porque Dios que dispuso que una misma sangre circulara por sus venas, les ha unido con estrechos lazos, les ha impuesto deberes reciprocos, cuyo fundamento está en la misma naturaleza. Así, el marido debe amor y proteccion á la esposa, esta amor y reverencia al que forma con ella una sola carne: los padres deben amor y proteccion á los hijos, á quienes dieron la existencia y estos á su vez amor y respeto al autor de sus dias, al que les cuidó cariñosamente durante la infancia: deberes todos, que están impresos en nosotros mismos, que los exige la razon y de cuyo cumplimiento depende la paz, la tranquilidad, la felicidad, el orden moral de la sociedad doméstica. Ahora bien, como los individuos serán siempre quienes deban cumplirlos, sus ideas y sentimientos representarán bajo ese concepto un papel importante. Efectivamente: el hombre en quien se haya oscurecido, ya que no borrado, la idea del deber, cumplirá quizás los que le imponga la familia? El padre en cuyo corazon empedernido no halla eco la voz del sentimiento paternal, como ha de amar y proteger á los seres que deberían ocupar el primer lugar en su corazon? El esposo que no respeta ley alguna, respetará á su mitad? El hijo discolo y de corazon duro, que se cree facultado para no tener respeto á lo mas sagrado, qué amor y reverencia ha de profesar á los autores de sus dias? Una porción

de nombres que nos ha transmitido la historia contestarian cumplidamente á todas esas preguntas, si no creyésemos que cada uno puede contestarlas. Epocas enteras de la vida de los pueblos podríamos traer en testimonio: en ellas podríamos estudiar las costumbres de la familia y jamás dejaríamos de observar que las ideas, los sentimientos de sus individuos tienen influencia poderosa en el cumplimiento de los deberes, que el Criador les ha impuesto y de consiguiente la filosofía la tiene así mismo en la moral del hogar doméstico. Desconocer esta verdad es desconocer la naturaleza del hombre, la naturaleza de la familia, es desconocer las consecuencias de las teorías filosóficas. Nuestras ideas regulan nuestras acciones, degradan, ó depuran nuestros sentimientos; y estos no mueren en nosotros, sino que pasan á la sociedad doméstica, donde se retratan como en un espejo, porque ella no es mas que la verdadera imagen moral de los seres que la constituyen. Admitir indiferentemente toda suerte de principios es sembrar la mala semilla en el corazón, é introducir en la familia los elementos desorganizadores que han de acabar con ella, ó degradarla. Y como puede no ser de esta manera, cuando los principios de los filósofos están en pugna abierta, diametralmente opuestos entre sí sobre los sentimientos que se han de fomentar en ella y aun sobre su organización? Sigamos á los filósofos y mientras unos nos mostrarán el camino recto, el camino de la moral, otros en cambio nos darán teorías erradas y perjudiciales á esta institución divina, contrarias á sus mas justas exigencias. Mientras el cristianismo y con él los filósofos cristianos harán del matrimonio un sacramento, elevarán la dignidad de la mujer, darán al padre de familias la autoridad justa, que reclama la misma naturaleza de las cosas, é introducirán las virtudes en la sociedad que nos ocupa, la filosofía griega, asiática y romana legitimará en ella la espesición y el infanticidio, destruyendo así uno de los mas delicados sentimientos del corazón. Y como si esto fuera poco, no fallará en Francia quien atacará de frente la santidad de la union conyugal y los deberes de los esposos, degradará la mujer, dando el título de imaginarias á sus virtudes mas relevantes y, poniendo en tela de juicio la autoridad paterna y los deberes filiales, romperá con aquella, llamándola *tiranía* y con estos, dándoles el carácter de convencionales. En una palabra: teóricamente, legitimará el incumplimiento de los deberes que Dios ha impuesto á los miembros de una familia y de los cuales, como antes hemos indicado, depende el orden moral de la misma.

Admitidos los principios pasaremos á la práctica y no todos llevarán las mismas consecuencias. Acéptense los últimos y el infanticidio de los pueblos orientales pasará á nuestra sociedad, se bastardeará

el amor paterno, el amor conyugal, el amor filial: le hijo será una cosa y se le ahogará, si naciere débil, ó deforme, «lo mismo que se mata á un perro rabioso:» la mujer será esclava, ó tan solo instrumento de placer y el hogar doméstico será hogar de rencores, de desórden y de escándalo.

B. C.

SECCION LITERARIA.

Cumpliendo con lo que prometimos en el primer número, empezaremos á transcribir lo mejor y mas moral de otros periódicos, no por pobreza de originales, sino para cumplir con nuestro plan de reunir en nuestro *Semanario* lo mejor que encontramos. Desde el momento en que un escritor se conforma con nuestro programa le reconocemos redactor de LA LUZ. No somos egoistas. La distinguida poetisa D.^a Josefa Massanés de Gonzalez nos proporciona en el *Ausonense* la siguiente sesuda composicion.

Á LA MEMORIA

DEL GRAN FILOSOFO CRISTIANO

D. D. JAIME BALMES,

PRESBITERO.

Él será llevado á los sepulcros y estará de vela en el monton de los muertos.

L. de Job. cap. XXII.

Cuatro lustros pasaron velozmente
Desde el tiempo ¡ay de mí! en que fogoso,
Mi apasionado espíritu inocente
Alzaba con acento fervoroso,
De esperanza y amor, tierna armonía
Al Criador del mundo y á María.

Eran dias de llanto y estravio
Y de aciago recuerdo para España,
Pábulo daba al ciego desvario,
El torvo amaño de estrangera saña
Que nuestros templos convirtió en hogueras,
Y en sangrientas lagunas las praderas.

Del rencor fratricida al choque infando,
De criminal discordia al grito reo,
Al contender del uno y otro bando,
Al fragor de rugiente clamoreo,
Con infernal estruendo, sofocada
Era la voz de nuestra fé sagrada.

Como el rumor de rápido torrente
Al estallar tormenta procelosa,
Del susurrar de la apacible fuente

Apaga la armonía deliciosa
Y los trinos gratísimos suaves
Del matutino canto de las aves;
Así el furor anárquico apagaba
De la piedad y ciencia los concientos,
Si tal vez, impávido elevaba
Algun varón preclaro sus acentos
Exhortando al amor y á la templanza,
Tronante el eco contestó «Venganza.»
Yo al mirar la aliecion de mis hermanos
Y de tantos errores la amargura,
Yo procuraba con esfuerzos vanos
Devolverles la paz y la ventura,
Yo pobre niña, con sencillo canto
Aliviar presumiera su quebranto.
Y mientras que cual ave en los jarales,
Amorosa cantaba dulcemente,
De improviso dos águilas reales (1)
Que cruzaban el éter raudamente,
«Ven, me dijeron, ven, justo es tu intento»
«Tu débil canto auna á nuestro acento.»
Y á su lado volé, mas corto espacio,
Que mis exhaustas fuerzas se agotaron,
Y al afrontar las nubes de topacio
Que las potentes águilas cruzaron,
Deslumbrada caí de inmensa altura
Sobre el ramaje de la selva oscura.
¡Balmes! él era el águila pasmosa
Que atravesó veloce mi camino,
Yo vide la aureola luminosa
Con que el Señor marcaba su destino,
Ví que su fé y su anhelo eran los míos,
Mas ¡cuán distintos nuestros mútuos bríos!
Yo mujer candorosa y apacible,
Solo sabía procurar consuelo,
El, Atleta de Dios, fuerte, invencible,
Contra el error, con incansable celo,
En lucha encarnizado combatía
Con sublime inmortal sabiduría.
Como el glorioso arcángel del Eterno
Que del celeste eden guarda la entrada,
Y á los precitos genios del averno
Aleja y vence con fulmínea espada,
La iniquidad redujo á la impotencia
Su gigante fulmínea inteligencia
Al resplandor de su *Criterio*, huyeron
Los impíos filósofos pasmados,
La doctrina evangélica temieron
De esos grandes principios, apoyados
En la ley del Señor, gérmen fecundo
De la perfecta libertad del mundo.

(1) La autora alude al Ilustre Dr. D. Jaime Balmes y al no menos Ilustre D. Joaquin Roca y Cornet, directores de las revistas periódicas *La Religión* y *La Civilización*, de las cuales tuvo la honra de ser colaboradora.

Mas ¡ay cielos! ¿dó está, dónde está ahora
Ese santo mentor de la inocencia?
¿De ese nuevo Agustín la salvadora,
Piadosa, universal, profunda ciencia?
¿Dónde ese ardiente espíritu divino
Como el del docto angélico de Aquino?
¿Dó está ese Apóstol fiel de Jesucristo?
¿El sagrado pastor, porqué no viene?
Su ausencia el tigre carnicero ha visto,
Y á la grey del Señor cercada tiene.
¿Porqué el Moisés moderno no combate
Al Pharaon que al pueblo fiel abate?
Mas, no el porque de ese desvío insano
Digais al mundo, en tanta desventura,
No digais que del alto Vaticano
La columna mas fuerte y mas segura
La muerte derrocó, ¿quién tal profiere?
El genio que en Dios vive nunca muere:
Apagadas serán bajo la losa
Del corazón volcánico las lavas,
Mas no la llama que brilló ardorosa
En las almas, del mundo nunca esclavas,
No, la gloria de Balmes no fenece,
Sobre la tumba mas se aviva y crece.
Sobre la nada su memoria impera,
Aun su fé y su ciencia el mundo acata,
Aun, esa evangélica lumbrera,
La falsa luz de los errores mata,
Y aun tronchado ese frondoso cedro,
Sostener puede el solio de san Pedro.
Bien obra, bien, Ausona en su entusiasmo
Al honrar al hijo que la honora,
Y que por ser del Cristianismo pasmo
Merece esta ovación veneradora.
Pueblo que así á sus hijos enaltece,
Un hijo como Balmes bien merece.

MARÍA JOSEFA MASSANÉS DE GONZALEZ.

Julio 9 de 1861.

EL DEDO DE DIOS.

I.

La noche tiende su manto sobre la tierra, y sus sombras, anchas mortajas estendidas, borran las bellezas de la creación, como la duda borra las dulces emociones de un corazón sin creencias. El firmamento sin estrellas parece una inmensa losa de mármol negro suspendida en el espacio. La luna, esa hada melancólica que envuelta en ropajes de plata asoma en las noches serenas como la imagen de la meditación, esconde su faz livida y cadavérica en un piélago de tinieblas. Tan solo las pardas nubes

vuelan silenciosamente impelidas por la brisa de la noche.

II.

Sobre una fértil llanura se levanta una ciudad hermosa, como la palmera en el oasis del desierto. Sus caprichosas torres coronadas de mágicos jardines, ostentan sus frentes atrevidas, semejando pintados y flotantes penachos. Esbeltas columnas de mármol sostienen magníficos monumentos é inmensas galerías, y ricos pedestales muestran sus doradas estatuas que aparecen erguidas y magestuosas, como mudos testigos de la magnificencia de aquellos reyes que dejaban extinguir su vida al compás de las danzas y al rumor de los placeres. El templo de Belo se levanta sobre la ciudad como un vigia siniestro y amenazador, y su frente gigantesca álzase dominadora mas negra y mas sombría que el horizonte en que se dibuja su fantástica silueta. Ningun rumor turba la majestad silenciosa de la noche. Solo el rio murmura tristemente, y despues de inclinar su cuello al magnífico yugo que le echára Semíramis, lame tranquilo y sosegado las murallas colosales. Ni una estrella en el firmamento, ni un rumor en el espacio. Babilonia duerme.

III.

Mas ¡ay! no duerme, no, ese palacio suntuoso de columnas de pórfido, de doradas estatuas y de aéreos jardines: no duerme, no, ese palacio, maravilla del mundo. Bañadas sus columnas por arroyos de una luz viva y brillante, lanzan reflejos deslumbradores; confusa gritería, remedando la carcajada de un gigante, sube al firmamento como un himno de muerte, y en sus aéreos jardines de ocultas enramadas cruzan sombras con paso incierto y cansado, fatigadas quizá del bullicio y de la agitacion, estenuadas, sin aliento. ¡Ay! la mano del pecado ha señalado sus frentes con un sello maldito.

IV.

Un inmenso salon con magníficas colgaduras de Persia, una mesa suntuosa cubierta de ricos y suntuosos manjares, vasos sagrados de Jerusalem profanados por labios impuros, todo se estremece al compás de las danzas y al ruido de la música. La orgía corre por este salon como un torbellino desenfrenado, y, huracan de fuego, presta fugaces centellas á las pupilas y hace hervir la sangre en las hinchadas venas. Allí, sentado en una silla de marfil con embutidos de oro, está el rey Baltasar, encendida y brillante la mirada, cansado y abrasador el aliento, los cabellos esparcidos sobre su frente. Su pupila centellea, y su mano debilitada, puede apenas sostener la

copa que con creciente afán acerca á sus inflamados labios.

V.

A su alrededor se agita todo lo mas noble y distinguido de la corte de Babilonia. Arrogantes mancebos cubiertos sus ropajes de oro y pedrería, sedientos de placeres, mezclan con estridentes carcajadas, impías exclamaciones. Sus ojos hundidos pero brillantes anuncian una vejez prematura. Sus cabellos perfumados caen en revueltos rizos y besan sus pálidas mejillas. Las copas se chocan, las miradas se cruzan y resuenan por el salon himnos de amor y de locura. El placer, la embriaguez, el cinismo, tienden sus alas sobre ese festin maldito. Y la orgía crece, crece como una hoguera que atiza el huracan.

VI.

De repente se apaga la confusa gritería y al revuelto barullo de la orgía sucede el silencio de la tumba; los vasos ruedan por el pavimento como si un rayo hubiese pulverizado la mano que los sostenia; las rodillas se chocan como puestas en movimiento por un fluido eléctrico, y dilatadas las miradas por el terror, permanecen clavadas en un punto del salon, inmóviles, fijas, aterradas.

VII.

Sobre un lienzo de pared una mano descarnada y seca como la de un muerto escribía caracteres extraños y desconocidos. Quizá el espíritu del rey despertado entonces por un presentimiento, veía en aquella mano la que hace brotar las plantas de la tierra y la que regula el movimiento de los astros. Las mujeres escondieron su pálida y desfigurada cabeza entre los pliegues de su túnica manchada como su alma y aquellos mancebos llenos de vigor y vida un momento antes, contemplaban estáticos y temblando aquellos misteriosos signos.

VIII.

Los Magos y los caldeos intentan descifrar aquellos caracteres, pero un espeso velo oscurece su inteligencia. En vano procuran comprender el significado de aquellos signos; ay! era triste como su pasado, ininteligible y sombrío como su porvenir! En medio de su agitacion, la multitud se acordó de que habia un jóven que adivinaba é interpretaba los ensueños, y el extranjero, el hijo del pueblo esclavo, es llamado. Ábrele paso la apiñada turba y Daniel entra en el salon. Su paso es tranquilo y mesurado como el del leon del desierto. Sus cabellos partidos, negros como el ala del cuervo, caen descuidadamen-

te sobre sus espaldas, y en su ancha é inspirada frente y en su ardiente mirada bien se conocia al profeta del Señor.

IX.

Aquellos hombres cuyos espíritus dormidos sobre las tinieblas solo soñaban un momento antes delicias y placeres, aquellas almas rebosando vigor y vida, muellemente reclinadas en las ilusiones del amor, aquel rey, en fin, cuyo sueño velaban numerosa tropa de esclavos prontos á sus caprichos, permanecían mudos sin atreverse á hacer un movimiento. Aquella gente que en nada creía y que todo lo profanaba, iba por fin á escuchar su sentencia de muerte sobre los despojos de una orgia.

X.

Daniel, el hijo del pueblo esclavo, el extranjero, habló por fin y con voz á la vez severa y tranquila dijo: «O rey, hijo de Nabucodonosor, en vano tu pueblo se ha agitado para descifrar estos misteriosos signos: el velo del pecado y de la ignorancia cubre su inteligencia. Escucha, pues, ó rey, tu sentencia por boca del Señor;» *Dios ha numerado tu reino y le ha puesto término, has sido puesto en la balanza y ha sido hallado falto, dividido ha sido tu reino y se ha dado á los medas y á los persas.* Así habló el profeta, y su última palabra rodó por el salón como un eco de muerte.

XI.

De pronto tiemblan y crujen las herradas puertas, y saltan á pedazos sus goznes desgajados. Un torbellino de gente se lanza impetuosa en el salón y lo invade por completo. Entonces sucedió una cosa terrible. El hijo de Nabucodonosor y toda su corte se arrojaron, y aquel huracán pasó por sus cabezas, como pasa sobre las mieses la hoz del segador. Un momento después, en aquel salón donde habían resonado cien cánticos de amor y de alegría, en aquel salón donde había corrido la orgia loca, jadeante, sin aliento, solo se oía el triste murmullo que produce la sangre al caer de las sangrientas y palpitantes heridas. Reinaba allí la calma de la muerte.

XII.

El sol asoma tras las plateadas montañas y sus rayos doran ya los monumentos de Babilonia. «Viva Ciro» clama la soldadesca, que haraposa y hambrienta se dispara por las calles y plazas de la ciudad cautiva. ¡Pobre Babilonia! Pasaste los días envuelta en tus festines y el ángel del Señor ha contado esos días; ayer cantabas al suave compás de las arpas de tus hijas y hoy lloras al son de tus cadenas, ayer te adormiste sobre un lecho de flores y hoy has sido despertada por el dedo de Dios.

ANICETO DE PAGÉS DE PUIG.

EL CIEGO DE VALLADOLID.

(Continuacion.)

Y el ciego al terminar estas palabras apretóse la cabeza con ambas manos, como si tratara de contener los desgarradores pensamientos que bullían en su mente.

—Pedro, dije enternecido y cogiendo la mano del pordiosero, si un hombre te ha arrojado de tu casa, yo te daré albergue en la mía; apóyate en mi brazo y sígueme; la noche es fría y no quiero que permanezcas mas tiempo espuesto á su crudeza.

—¡Gracias! ¡Gracias! exclamó el mendigo.

Y luego inclinando la cabeza como si con esta última espresion se hubiese escapado toda su energía me alargó la mano y empezamos á subir la escalera de mi casa.

II.

Llamé al criado que se habia dormido en una silla para esperarme sin duda con mas comodidad, y mientras arreglaba un abundante fuego conduje al ciego á un sillón al lado de la chimenea.

Al influjo benéfico de la llama el rostro del mendigo fué animándose gradualmente; su frente despejóse y volvió la cabeza hacia donde yo estaba como si tratara de darme las gracias con una mirada.

Pero al ver defraudadas sus esperanzas, al recordarle sus inmóviles pupilas que un velo opaco cubría sus ojos, dos lágrimas silenciosas rodaron lentamente por sus mejillas.

Muchas veces habia pasado al lado del mendigo, y siempre mi mano habia depositado una moneda en la suya; aunque la alargara silenciosamente, Pedro me adivinaba y jamás se engañó al contestar.

—Dios se lo pague á V, don Carlos.

Pedro tenia cincuenta años, pero la miseria y la desgracia habia despoblado su cabeza y arrugado su rostro, dejando por todas partes huellas indelebles de su paso.

Sin embargo, á través de este sudario con que la fatalidad habia envuelto al mendigo, se divisaban algunos restos de su pasado; su frente á veces se ensanchaba; una sonrisa burlona, sarcástica agitaba sus labios, dilatábase su nariz aguileña y levantando fieramente la cabeza parecia provocar al mundo entero, ó bien cruzados los brazos é inclinandola sobre su pecho se asemejaba á la estatua de la resignacion.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado, JAIME JEPÚS.—E. R.

Barcelona.—Imprenta de LA LUZ, de Jaime Jepús, calle de Petritxol, núm. 14, principal.—1861.